

La alborada de la Alianza Liberal

El liberalismo o, para hablar con más propiedad, el espíritu del siglo, no es en el fondo y principalmente una doctrina política, sino una revolución espiritual, una creencia, una filosofía, que si tiene sus teólogos y doctores, también penetra en forma instintiva hasta lo más profundo de las masas. Es el alma misma de la sociedad en rebelión contra las ideas y sentimientos hereditarios, y contra las formas históricas de la cultura.

Es, pues, una religión, negativa si se quiere, en parte, pero al fin una religión, cuyo dogma fundamental es la esperanza en el progreso. No se comprenderá sino muy imperfectamente la historia de Chile, sobre todo durante el último medio siglo, si se prescinde de este hecho. El liberalismo "espiritual" no fué un partido, una escuela política, un programa económico o constitucional, sino una fe. Con ella debieron contar los Gobiernos y los estadistas. Así co-

mo en el pasado, pipiolos y pelucones, cualesquiera fuesen sus opiniones religiosas, declaraban respetar y defender los dogmas de "nuestra santa religión católica", desde 1875, los presidentes y los partidos deberán declarar su adhesión, a lo menos formalista, al "dogma, a los principios liberales".

Este carácter real del liberalismo explica, a la vez, su enorme popularidad y su escasa eficiencia, como elemento constructivo y como disciplina de Gobierno. No puede juzgársele como se juzga a un partido: su análisis pertenece más bien a la filosofía, que a la historia política propiamente tal. No porque los partidos suelen apoyarse en las creencias, debemos confundir a los unos con las otras.

La naturaleza mística del liberalismo "espiritual" se percibe aún en los menores detalles. Los héroes del país "liberal" no serán ni los estadistas ni los hombres de acción, sino los apóstoles, los profetas, los confesores de la idea. Muchos personajes llegarán a las más altas cumbres del prestigio político sin otro mérito que la afirmación continua de su fe y de su incorruptibilidad doctrinaria, con la perseverante inercia de un buda vivo.

Hacia 1870, el espíritu del siglo había penetrado también hasta los círculos aristocráticos e intelectuales de la oligarquía, y aún propios ultramontanos eran, desde cierto punto de vista, "liberales"; pero, como el aspecto religioso de la revolución moral era el que el país comprendía mejor, y el único que lo apasionaba, la nueva creencia no tardó en traducirse en un sentimiento de hostilidad contra el clericalismo militante.

Es un estudio interesante y que se descuida demasiado el del folklore histórico. Los movimientos sociales se perciben más claramente en esa literatura de segunda mano, de origen popular o semi-popular, que refleja con crudeza primitiva los sentimientos de la clase media y del vulgo mismo, que no en las producciones de la aristocracia intelectual. Revisando esa clase de literatura, muy abundante a partir de 1868, se ve cómo poco a poco se acentúa en el vulgo la creencia de que sólo hay o debe haber dos ideas y dos "partidos" en lucha: "la ignorancia obscurantista, el pasado, el clericalismo" y el "progreso liberal". Los autores de esos

escritos manifiestan un estupor sincero y continuo de que esas "ideas" contradictorias no se hagan carne, no se condensen en dos partidos políticos poderosos. No comprenden las luchas que se desarrollan dentro de los círculos oligárquicos: los liberales fusionistas no pueden ser verdaderos liberales, sino hipócritas que especulan con los sentimientos del país y sirven, en realidad, a la reacción ultramontana.

Como es natural, los sentimientos de la aristocracia dirigente eran mucho menos simplistas. Desde el punto de vista religioso, su gran masa era católica por tradición, pero sin demasiado fervor; los librepensadores de alto coturno no se manifestaban tampoco, por lo general, muy fanáticos por sus ideas, ni parecían dispuestos a regular por ellas su conducta política. Otros pensamientos más "mundanos" los preocupaban. En materia religiosa, los caudillos políticos pertenecían más bien a los diversos matices del indiferentismo burgués, con un mayor o menor apego a las prácticas formalistas del culto tradicional. Por otra parte, el vulgo no exigía mucho más que esto al liberalismo de sus conductores.

Es muy difícil medir cuantitativamente la fuerza de los movimientos espirituales. Hacia 1870 y 1875, el impulso doctrinario en una otra dirección, lo daban las minorías. Arriba y abajo, en la oligarquía de Santiago como en las provincias, la masa no era ultramontana ni liberal al nuevo estilo: era materia disponible, indiferente, dispuesta a dejarse llevar por los vientos que soplaban: esto aparece con toda evidencia de los hechos que se desarrollaron.

Pero el liberalismo espiritual tenía a su favor la marcha natural de las cosas, el espíritu del siglo. Tratándose de problemas prácticos, como la tolerancia religiosa, la separación de la Iglesia del Estado, la secularización del matrimonio, etc., etc., los principios jurídicos modernos en que estaban empapados casi todos los teóricos y abogados de la época, eran favorables en suma a soluciones halagüeñas para el sentimiento de la masa liberal, que sólo veía en ellas conquistas contra el clericalismo.

En el orden de las ideas filosóficas, los pensadores más

profundos e ilustrados de la época creían que la emancipación moral de las conciencias sería el más eficaz de los instrumentos del progreso. Don José Victorino Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui son los apóstoles más caracterizados de esta escuela. El primero, mucho más inflexible y simple, y a pesar de todo, mucho menos filósofo que el segundo, corría sobre todo tras de un ideal político: la realización práctica de la democracia, y como medios para llegar a este fin, preconizaba, junto con uno pueril, como era la reforma de una Constitución ya bastante más adelantada que las costumbres, la guerra a los sentimientos hereditarios que mantenían, según él, al pueblo en la esclavitud moral: la tradición monárquica de respeto a la autoridad, la disciplina de las jerarquías sociales y la fe religiosa.

Amunátegui, mucho mejor conocedor de la historia y, a pesar de sus apariencias poco pretenciosas, pensador de gran profundidad; tradicionalista por temperamento, aunque no de ideas, y dotado de una gran dosis de sensatez y espíritu práctico, no corría como su ilustre émulo tras de un programa de simple demolición de los viejos sentimientos sociales: no fué anti-autoritario, ni anti-aristócrata, ni anticatólico. Su propósito era más constructivo. Lleno de fe en la inteligencia, en la ilustración, creía que el progreso político y social, (en el sentido que entonces se daba a estas expresiones), resultaría espontáneamente del progreso intelectual.

He recordado estos dos grandes nombres, porque ellos encarnan dos tendencias, quizás en el fondo paralelas, pero diversas en la forma, de la alta intelectualidad liberal del siglo XIX. La segunda ni siquiera estaba reñida con el conservantismo político. Barros Arana, el más pelucón de nuestros historiadores, está ideológicamente muy cerca de Amunátegui.

Las más elevadas concepciones de la inteligencia y el saber, las formas jurídicas del siglo, y hasta el sentimiento obscuro y religioso de las masas, concurrían, pues, hacia 1870, a dar un impulso poderoso e irresistible a la idea liberal espiritualista.

Sin embargo, la mecánica de los acontecimientos, la

inercia de la mayoría, la voluntad del Gobierno, dieron en 1871 la victoria a la fusión liberal-conservadora; pero su jefe Errázuriz triunfó, como Augusto en Actium, para luego dar la razón a sus adversarios.

XXIV

La Alianza Liberal

Aun en las democracias de estilo más puro, la gran masa social es inerte y se deja conducir por minorías activas y batalladoras: tales son los apóstoles, los agitadores, los políticos de oficio, en una palabra los partidos y sus agentes. En Chile, desde 1830 hasta 1891, esa masa fué gobiernista, por tradición, hábito o interés: el Presidente era el gran elector; sobre ese cimiento reposó, durante más de sesenta años, nuestra república "en forma".

A partir de 1849, vemos acentuarse poco a poco cierto espíritu de independencia política en los círculos de la aristocracia santiaguina, que se tradujo en frondas sucesivas, ya de estilo whig, ya de estilo tory, ya de estilo clerical. Bajo la desmayada y blanda administración de don José Joaquín Pérez, estas frondas comienzan a tomar el carácter de partidos oligárquicos, crecen en influencia y en libertad, y acaban por servir de equilibrio al absolutismo del poder. El presidente se apoya desde entonces en un grupo político, esto es en la fusión liberal-conservadora, pero no pierde por eso sino en parte sus prerrogativas tradicionales. Los amigos como los adversarios del Gobierno, saben o sospechan que la verdadera fuerza política sigue residiendo en la Moneda.

Los círculos oligárquicos no carecían, sin embargo, por completo de una clientela propia, en la capital y en las provincias; ésta era con frecuencia de carácter semi-feudal al antiguo estilo inglés; se apoyaba en grandes propiedades territoriales y en influencias de familia. En los centros menos

tradicionalistas, como Valparaíso y Copiapó, existían pequeños grupos de tendencias democráticas. En otras provincias, en Coquimbo y Concepción, especialmente, quedaban resabios de espíritu local, unidos a vagos recuerdos federalistas o pipiolos. Por último, los nacionales tenían también su clientela propia, porque la fecunda administración Montt había dejado raíces en casi todas las provincias.

Todo eso en conjunto era algo, sin duda, pero significaba poco frente al poder presidencial. Faltaba sobre todo, a esos elementos políticos, la fuerza espiritual; consistían en adhesiones tradicionales o de interés, más que de principios, salvo por cierto en muy reducidos casos.

La cuestión teológica tuvo el privilegio de transformar este último aspecto del problema. El espíritu religioso, positivo o negativo, ultramontano o liberal, comenzó a contarse como fuerza política, el primero a favor de la fusión y sobre todo de sus elementos más devotos, y el segundo a favor de los partidos laicos. No es fácil medir en sus principios la verdadera importancia de ese nuevo poder espiritual, ya en cierto modo democrático; de seguro no fué muy grande, pero el liberalismo doctrinario, a lo menos, hacía ya en 1870 bastante ruido.

Los círculos políticos de Santiago iban empapándose progresivamente en este espíritu: era, en cierto modo un fenómeno, como el que llaman en física, **electrización por influencia**. Desde principios del decenio de Pérez, el partido conservador había adquirido el carácter religioso que iba a constituir su fuerza futura. Pero, por de pronto, su personal no hacía buena figura en la fusión. Faltaban a ese partido elementos nuevos y hombres de administración; su nivel intelectual era en conjunto bastante mediocre; después del retiro de Tocornal, no pudo estar representado en los ministerios; cuando el primer proyecto de reforma constitucional, en 1867, no se encontró en la numerosa representación parlamentaria conservadora sino una persona capaz de tomar la defensa de la obra de 1833: el joven subsecretario de Estado don Abdón Cifuentes; así lo refiere, en sus memorias inéditas, este ilustre anciano.

El partido nacional no escapó al contagio, a pesar de

sus tradiciones meramente civiles, al estilo de Portales. Desde 1868, la juventud que diera lustre al último período del decenio, el intelectualismo varista de 1860, sirvió de base a una agrupación política nueva, cuyo centro fué el Club de la Reforma, y que iba pronto a figurar en la vanguardia del liberalismo nuevo. Rindieron estos jóvenes algún tributo a ciertas preocupaciones de la época en materia de técnica constitucional, pero el fondo del espíritu que los animaba era teológico.

Dentro de los elementos laicos de la fusión, se había ido formando también un grupo de izquierda, poco numeroso aún, pero intelectual y lleno de prestigio. Con alguna timidez al principio, comenzó este grupo a hostilizar dentro del gobierno la influencia clerical: en 1868 contribuyó al fracaso de la Acusación a la Corte, y en 1870, bajo el Ministerio de Amunátegui, hubo de servir eficazmente, por medio de la abstención electoral, la causa de los adversarios del fusionismo errazurista de la derecha. Más adelante, este grupo liberal, sin pronunciarse abiertamente en contra del gobierno fusionista de Errázuriz, trabajó con prudente empeño, tanto en las antecámaras palaciegas, como en el Congreso, por producir la liquidación de la alianza con los "ultramontanos". El presidente de la Cámara de Diputados, don Miguel Luis Amunátegui, no hizo misterio de sus sentimientos, a pesar de su temperamento circunspecto. "Se nos quiere llevar al Paraguay de los jesuitas", dijo al saber el nombramiento de Cifuentes como Ministro de Instrucción.

Los "radicales" formaban, desde 1863, otro grupo, pequeño pero compacto: su origen mismo, fué una protesta contra la "fusión", y su programa, el más avanzado de todos en el sentido de la disolución de las fuerzas espirituales y de las formas políticas del pasado. No era todavía un partido de clase media: sus caudillos figuraban entre los "leones" de la sociedad de entonces, más románticos que despreocupados, poetas al estilo de Víctor Hugo, demolidores alegres de todos los convencionalismos, demócratas y libre-pensadores, según el último modelo de la revolución moral burguesa, ardientes en su fe progresista muchos de ellos, simples calaveras intelectuales los demás.

Frente a estos grupos más o menos teñidos de espiritua-
lismo dogmático, arriba y abajo, en la clase política, y en
las provincias, la gran masa continuaba en su tradicional iner-
cia, y, era ante todo, gobiernista. El vulgo de las Cámaras
como el del país, era, puede decirse, liberal por eliminación,
por ausencia de fe en esto o en aquello. Irían allá donde se
les ordenase, dispuestos a formar de cualquier modo en el
cortejo del poder. Era este el elemento menos frondista
de la época: el que fué pelucón antes de 1857, nacional
más adelante, fusionista en seguida, liberal por último. Cuan-
do Portales hablaba de la tendencia general de la masa de
Chile al reposo, pudo decir "a la pereza", aún con mayor
exactitud; pero aquel genial estadista no se equivocaba,
ni mucho menos, cuando pensaba que esa tendencia, "el pe-
so de la noche" el respeto por el hecho consumado, cons-
tituía la base más sólida del orden social en este país. En
1875 se fué liberal por inercia, por hábito, por falta de ideas
o de carácter para adoptar una actitud más decidida, del
mismo modo que se hubiera sido conservador, y casi por
iguales motivos. Esta negación de bandera, de propósitos,
ese "espíritu práctico gobiernista" no nos hizo falta, sino a
veces sobra, en la época de la República "en forma".

El elemento neutro, liberal por ausencia de otra ideolo-
gía, formaba el grupo parlamentario más numeroso, el vien-
tre de la Cámara; pero su influencia fué naturalmente ne-
gativa. El Ministro Cifuentes contó con aplastadoras mayo-
rías en pro de sus medidas contra el Instituto, y a favor de
la enseñanza libre o congregacionista. Inmediatamente des-
pués, cuando el Presidente Errázuriz cambió de rumbo, las
mayorías no fueron menos decisivas en el sentido contrario.

En víspera de la ruptura de la fusión, el grupo conser-
vador clerical, hostilizado por tantos y tan prestigiosos per-
sonajes intelectuales o de administración, sólo contaba con
el apoyo frío, desmayado y falto de fe de esos gobiernistas
descoloridos, que en realidad no tenían otro programa que
el de obedecer las órdenes de la Moneda.

Don Federico Errázuriz, a pesar de la sinceridad de sus
sentimientos religiosos, estaba imbuído en las fórmulas ju-
rídicas del espíritu laico del siglo; se creía ligado a la tra-

dición liberal y, sobre todo eso, era muy sensible a los halagos del aura popular; este último rasgo constituía su fondo psicológico íntimo. Cuando vió crecer a su alrededor, y en los círculos más prestigiosos de su séquito, la resistencia a la política de concesiones al clericalismo, y a medida que el nuevo movimiento espiritual se intensificaba en todos los rangos de la sociedad, su actitud fué variando poco a poco, al calor de tales influencias. El mal éxito de la política educacionista del Ministro conservador, el escándalo producido por lo que se llamó "la feria de exámenes", acabaron de decidirlo. El señor Cifuentes fué reemplazado por don José María Barceló, y aunque este cambio no significaba por sí solo la ruptura oficial de la fusión, la alianza de 1857 quedó desde entonces quebrantada de hecho.

No es necesario recordar aquí los múltiples y significativos incidentes que se siguieron, en la evolución de Errázuriz hacia la Alianza liberal, durante los años de 1873 y 1874. Recordaremos, sí, que esa celebérrima fórmula política apareció a los ojos de los contemporáneos y de la posteridad como una obra casi personal del Presidente.

En el fondo de las cosas, la fortuna de Errázuriz fué la de haber comprendido el espíritu de su época, el sentido de las tendencias espirituales dominantes. Ese instinto de la popularidad y del porvenir iba a engrandecer su nombre mucho más que todos los demás actos de su Gobierno. La aureola de la "Alianza" cubrió con un nimbo de gloria su Administración entera. El encargo de dos buques de guerra, por ejemplo, medida por cierto de alta previsión, realizada durante el período fusionista del Gobierno de Errázuriz, y, según afirma el señor Cifuentes, a instigación suya, figuraría en los anales liberales del porvenir, a la altura de esas concepciones geniales que cambian el destino de los pueblos y deciden la fortuna de las naciones.

Como fuerza constructiva, la Alianza estuvo lejos de ser un éxito: al menos, nunca llegó a realizarse por completo. Históricamente pertenece más bien a la mística popular que a la política de las realidades. La obra de Errázuriz consistió en consagrar, desde las alturas del poder, dándole carta de ciudadanía, como programa político y de partido, una

creencia, una bandera, inteligible para el vulgo. Desde entonces cada ciudadano pudo darse el lujo de tener una opinión.

Este y no otro es el carácter del liberalismo espiritual, que con la alianza se hizo carne. No es un partido, un programa social, económico o político, sino una creencia, una religión, los éxitos o fracasos "temporales" no le afectan. Los pueblos no exigirán en adelante de los gobernantes y candidatos, mucho más que actos de culto, de sumisión a su nueva fe. Comienza en 1875 la era de los santones y fakires, de los grandes prestigios, fundados en la simple afirmación perseverante, y casi siempre inerte, del dogma liberal.

La energía y perseverancia en la creencia, las virtudes espirituales, no los actos políticos constructivos y temporales, formarán los ídolos de la opinión, por cerca de cincuenta años.

Quien no se penetre bien de la naturaleza mística, super-política de este movimiento de opinión, quien confunda el liberalismo chileno con un partido al estilo inglés o norteamericano, no entenderá jamás la historia de nuestra República, en el período que comienza en 1875 y acaba con la guerra europea.

XXV

El oficialismo liberal y la Fronda

La organización de la Alianza Liberal en 1875 alteró menos de lo que pudiera creerse el fondo del sistema político que caracteriza la segunda etapa de nuestra República "en forma". La influencia del Presidente, no sólo como supremo poder del Estado, sino como jefe y árbitro de los partidos, pareció haberse agigantado: era también ahora algo así como la cabeza visible de una iglesia, de un movimiento espiritual. Los diferentes círculos directivos libe-

rales, aún los más frondistas por origen y naturaleza, rivalizaron, al principio, en sus protestas de sumisión y disciplina.

Los pretendientes a la sucesión presidencial observaron igual conducta. Don Benjamín Vicuña Mackenna, el más activo y candoroso de todos, y también el que representaba con menos fidelidad el espíritu de los tiempos nuevos, no comenzó sus trabajos populares, sin asegurarse previamente el beneplácito de Errázuriz, y dicen que lo obtuvo, aunque en forma un tanto ambigua. Pero aquel simpático personaje, pipiolo con sangre británica, tradicionalista y revolucionario, imaginativo e inquieto, no vivía exactamente en el mismo plano que sus contemporáneos del mismo rango social. Creyó llegada la hora de las luchas genuinamente democráticas de opinión, al estilo de Norteamérica. Su campaña de provincias, iniciada ya en 1875, tuvo algunos de los aspectos que veremos reproducirse en la de don Arturo Alessandri, cuarenta y cinco años más tarde.

Entretanto, la vieja máquina tradicional seguía funcionando en las alturas. Lo que principalmente se comentaba en Santiago era la posible actitud de Errázuriz. El sagaz Presidente no ignoraba que su voluntad iba a prevalecer de todos modos; pero supo guardar maravillosamente las formas. Se organizó una "convención" de la Alianza Liberal, abierta a todos los políticos y grandes propietarios territoriales de filiación laica; pero en la cual el Presidente tendría, a fin de cuentas, igual poder que en las Cámaras y en el país. Vicuña Mackenna no tardó en desengañarse: él no sería candidato de esa asamblea administrativa y oligárquica.

El más distinguido representante del liberalismo espiritual a estilo moderno, el precursor de la Alianza desde 1868, don Miguel Luis Amunátegui, parecía el hombre del momento: su prestigio era inmenso en el país entero y, sobre todo, en el elemento intelectual. Errázuriz estuvo muy lejos de desahuciar abiertamente las legítimas pretensiones de ese ilustre chileno, a la vez pensador atrevido y estadista equilibrado y cauto. Pero, en política, los Mesías no suelen amar a los precursores que les señalan el camino con

demasiada brusquedad, y Errázuriz quizá no había olvidado del todo la actitud independiente de Amunátegui, en 1868 y 1870, que estuvo a punto de cortar dos veces su fortuna fusionista.

La voluntad del Presidente se inclinó al fin hacia un hombre mucho menos conocido en el país, cuyas cualidades morales no eran de aquellas que podían ser mejor apreciadas por el vulgo: el Ministro de la Guerra, don Aníbal Pinto.

Distinguía a este caballero más bien la rigidez espartana de sus convicciones filosóficas, que sus servicios o figuración como estadista. Su padre, el general don Francisco Antonio Pinto, que ocupara el solio presidencial en los últimos tiempos de la era pipirola, contribuyó con su actitud vacilante y escéptica al triunfo de la revolución conservadora de 1829; en los años siguientes concluyó por reconciliarse del todo con el nuevo orden de cosas, y en 1850, le vemos figurar entre los más decididos partidarios de don Manuel Montt: "el general Pinto es ahora un pelucón rancio", escribía don Manuel Antonio Tocornal a Varas en ese tiempo. En cuanto a su hijo, también formó en las filas conservadoras, durante toda su juventud, y sólo abandonó al Gobierno de Montt con la fronda tory de 1857.

Causó alguna sorpresa que Errázuriz se decidiera por un personaje cuyas creencias y tradiciones no eran en modo alguno las suyas; pero tanto los partidos como el país obedecieron casi sin réplica: el elegido del Presidente obtuvo una considerable mayoría en la convención, y el oficialismo y la Alianza desbarataron sin dificultad la campaña popular de Vicuña Mackenna, quien, al igual de todos los candidatos futuros, desahuciados por la Moneda, fué a buscar por fin el apoyo de los conservadores.

El Gobierno de Pinto fué una especie de preludeo anticipado de la anarquía parlamentaria de más tarde. La Alianza probó desde sus pañales, que su falta de cohesión política corría parejas con su popularidad doctrinaria y espiritual. Los rigores de una crisis económica profunda y el pésimo estado de las finanzas contribuyeron a levantar de nuevo vientos de fronda; los Ministerios comenzaron a

sucederse con rapidez antes desconocida; el oficialismo presidencial sufrió una especie de momentáneo eclipse: los círculos liberales se disputaban las influencias y los recursos del poder, sin que ninguno de ellos lograra clavar la rueda de la fortuna. Algunos hombres previsores llegaron a temer que esa confusión y falta de rumbos pudieran engendrar una catástrofe. Quizá exageró algo Balmaceda cuando dijo en 1890 que sin la guerra del Pacífico la Administración Pinto pudo tener un desenlace análogo al de la suya; pero, en todo caso, el aspecto de las cosas no era en 1879 del todo tranquilizador.

Sin embargo, la fuerte y vieja máquina política de nuestro Chile tradicional no estaba desquiciada, ni mucho menos. El Gobierno mantenía su unidad y sus tradiciones administrativas, a pesar de los cambios de Gabinete y de las incertidumbres de la opinión. Los Ministros que se sucedían en la Moneda no eran los representantes de tendencias revolucionarias o siquiera reformistas. Hombres todos ellos del mismo rango social, conservadores en el fondo, sin una vasta clientela democrática que atender en sus exigencias, políticos por afición o patriotismo los más de ellos, y no estando divididos entre sí por problemas o intereses de trascendencia, ni tampoco por odios religiosos o sociales, desempeñaban sus Carteras al antiguo estilo, dejando las cosas más o menos como las encontraban, y sin hacer otros esfuerzos que los que podían asegurar la preponderancia del grupo a que pertenecían. Esta especie de dilettantismo político, que algunos años más tarde llegó a convertirse en el régimen liberal de Chile, caracteriza a las dominaciones oligárquicas "en forma". Su resultado inmediato es más bien la inercia que el desorden. Más tarde los acontecimientos probaron que tal orden de cosas necesitaría prolongarse por mucho tiempo, antes de producir el derrumbamiento.

La espléndida organización administrativa, la solidez fundamental de que Chile dió tan elocuentes muestras, durante la Guerra del Pacífico, manifiestan también que la enfermedad en sus comienzos no había comprometido aún lo que Portales llamaba "el resorte principal de la máqui-

na": la continuidad de un orden legal, superior a las pasiones e intereses que dividían a la sociedad; una Administración tradicionalista, ordenada y decorosa; un poder que algunos atacaban, pero cuya legitimidad nadie discutía. En verdad de las cosas, la estatua de Portales se mantenía hasta entonces y se mantuvo por mucho tiempo todavía, muy firme sobre su pedestal. El Perú y Bolivia fueron necesariamente vencidos por un país superiormente organizado.

Muy luego, bajo la enérgica mano del sucesor de Pinto, don Domingo Santa María, el oficialismo presidencial tomó su desquite. Su candidatura misma se impuso por sí sola, al país y a la Moneda, venciendo las resistencias del elemento más frondista de la aristocracia, que habría deseado tener sobre sí un poder más lánguido, una personalidad menos autoritaria y acentuada.

Ningún hombre en 1881 representaba más genuinamente que Santa María las tradiciones sociales y políticas del viejo Chile. Las circunstancias más que los principios le arrastraron a la oposición whig de 1849, y en los años subsiguientes, mientras ello fué posible, todos sus esfuerzos tendieron a no perder contacto con los elementos conservadores al estilo antiguo. El joven secretario de la Sociedad del Orden que calificara una tímida tentativa de resucitar la política de agitaciones populares de "insulto al buen sentido nacional"; el publicista que en plena fronda de 1857 había declarado "santa" la empresa de Portales; el activo gestor de la fusión conservadora, continuaba siendo igual a sí mismo, cuando llegó a la Presidencia. Se le creía escéptico en materia de ideas, pero su fondo psicológico era mucho más sólido de lo que sus contemporáneos imaginaban. El culto de la autoridad y el sentimiento aristocrático constituían el esqueleto, la armazón de su carácter. Bastante hábil para transigir con las formas y estilo de su tiempo, el ardor de su temperamento solía, no obstante, traicionarle. (1)

(1) Cuando el Ministro Vergara le presentó la lista de candidatos oficiales para el Congreso de 1882, Santa María rayó colérico muchos nombres. "Dígame, don José Francisco, exela-

La fortuna le ayudó también, mejor que a Pinto. Se encontró con un país victorioso y próspero, y con un Fisco rico. A los pocos meses de su Presidencia, las Cámaras hubieron de renovarse, y Santa María aprovechó la oportunidad para hacerlas a su imagen y semejanza: el partido radical fué prácticamente liquidado; el clericalismo opositor ni siquiera se atrevió a ir a las urnas; el oficialismo liberal llegó a la cúspide de su prepotencia; los viejos tercios de Montt y Varas se convirtieron en el nervio del Gobierno: Santa María los apodaba "sus Buines"; el absolutismo presidencial, que tanto decayera bajo la desmayada y tibia Administración de Pinto, volvió a vivir los mejores días de su pasado: fué también su último lampo de vigor.

Sin embargo, ese Gobierno no ha pasado a la historia como una reacción política, y es porque Santa María, como Errázuriz, tuvo su aureola doctrinaria: las reformas teológicas le ganaron popularidad en el liberalismo espiritual y contribuyeron a desarmar las frondas oligárquicas: era peligroso y difícil hostilizar a un Gobierno que combatía contra el clericalismo, el enemigo común de la nueva religión dominante en Chile. La lección de 1875 no había sido olvidada por el sucesor de Errázuriz y Pinto.